

contento por doquiera y á cosechar la rebelión. Usted no se ocupa más que en eso, querido amigo.

Esteban meneó la cabeza, lo que era una protesta muda contra los que creyesen que él no hacía otro género de trabajo para vivir.

— Es usted un individuo tan contradictor, tan irritante y tan mal compañero de cama — dijo el Sr. Bounderby — que hasta en su misma esfera, entre la gente que mejor le conoce, se ha tenido que romper toda relación con V. Voy á decirle una cosa : por esta vez participo de su opinión... una vez no es costumbre... para hacer como ellos y romper toda relación con V.

Esteban volvió vivamente los ojos hacia el semblante del Sr. Bounderby.

— Puede V. acabar lo que tenga que decir — dijo Bounderby, con una inclinación de cabeza muy significativa — y podrá después buscar trabajo en otro sitio.

— Señor, ya sabe V. — dijo Esteban, con expresión — que si me rehusa el trabajo, no lo encontraré en parte alguna.

La respuesta fué :

— Sé lo que sé, y V. sabe lo que sabe. Nada más tengo que decirle sobre ello.

Esteban dirigió entonces una mirada del lado

de Luisa ; pero esta vez sus ojos no encontraron los de la joven esposa. Lanzó, pues, un suspiro, y murmuró con voz tan baja, que apenas lo oyeron :

— Que el cielo se apiade de todos nosotros, en este mundo.

CAPÍTULO XXII

LA DESAPARICIÓN

Era ya casi de noche, cuando salió Esteban de casa del Sr. Bounderby. Las sombras nocturnas habían descendido tan rápidamente, que no miró entorno á él, al cerrar la puerta, y subió acto seguido por la calle. Nada más lejos de su pensamiento que la vieja singular que encontrara, en ocasión de su primera visita á esta propia casa, cuando oyó detrás de él un paso, que reconoció y, al volverse, percatóse de que dicha vieja iba acompañada de Raquel.

— ¡ Ah ! ¡ Raquel, querida mía ! Y ¿ usted con ella, señora ?

— Ah sí, esto le extraña, y la verdad es que hay motivo — respondió la vieja. — Soy yo, otra vez, vé V.

— ¿ Cómo se halla V. con Raquel ? — preguntó

Esteban, andando al mismo paso que las dos mujeres, colocándose entre ellas y mirando alternativamente á una y á otra.

— Pues mire, he trabado relación con esa buena y linda chica, casi del mismo modo que con V. — dijo alegremente la vieja, que se encargó de la respuesta. — Mi visita de costumbre se ha atrasado un poco este año, pues he estado enferma con mi asma y he querido esperar á que hiciera mejor tiempo y más calor. Por la misma causa, no hago el viaje en un solo día, sino que lo divido en dos ; duermo esta noche en el *Café de los Viajeros* (una hostería buena y muy limpia) cerca de la estación, y me marcharé mañana por la mañana, á las seis, con el exprés. Muy bien ; pero ¿qué relación puede tener todo eso con esta buena chica, preguntará V. ? Voy á decírselo. Me he enterado del casamiento del Sr. Bounderby. Lo leí en un periódico, donde hacía muy buen efecto... ¡Oh, qué efecto más bonito ! (La vieja recaló estas palabras con un entusiasmo muy extraño)... Y quiero ver á su esposa. No la he visto nunca. Pues, ¿creerá V. que no ha salido de casa, desde este medio día ? De manera que, para no renunciar á ello demasiado pronto, me paseaba un poco antes de irme, cuando advertí que me había cruzado dos ó tres veces con esta

buena chica. Al ver un rostro tan simpático, la hablé y ella me respondió. ¡ Veá V. ! — dijo la vieja á Esteban. — Ahora apuesto á que adivinará V. lo restante en menos tiempo del que necesitaría para esplicárselo.

De nuevo tuvo que vencer Esteban cierta disposición instintiva y contraria á esta mujer, cuyas maneras eran lo más francas y sencillas del mundo. Con dulzura que le era tan natural como á Raquel (teniendo en cuenta que no se conocía esta cualidad, que admiraba en su amiga) reanudó el motivo de la conversación que tanto interesaba á la anciana mujer.

— Pues sí, señora — dijo — he visto á la esposa del señor, que es muy joven y bonita, con grandes ojos negros, muy serios y tranquilos, Raquel, como no he visto nunca de parecidos.

— Joven y bonita. ¡ Sí ! — exclamó la vieja, encantada. — ¡ Tan fresca como una rosa ! ¡ Qué feliz debe ser !

— Sí, señora, supongo que es feliz — dijo Esteban. (Pero la mirada que éste dirigió á Raquel expresaba duda.)

— ¿Lo supone V. ? Pero si no cabe duda. ¿No es la esposa de su principal ? — replicó la vieja.

Esteban hizo un movimiento de cabeza, en señal afirmativa.

— Por lo que hace á mi patrón — repuso, mirando de nuevo á Raquel — ya no lo es. Todo ha concluído entre nosotros.

— ¿Has abandonado tu fábrica, Esteban? — preguntó Raquel, con inquietud y vivacidad.

— En verdad, Raquel — contestó él — haya yo dejado su fábrica ó ella me haya dejado á mí, lo mismo es. Su fábrica y yo vamos á separarnos, y quizá no es lo peor. Esto es precisamente lo que me decía, al encontraros. Quizá es bueno para mucha gente que me vaya, y también para mí. En todo caso, no debo yo elegirlo, y ello es necesario. Debo volver la espalda á Cokeville por algun tiempo é ir á otra parte á hacer fortuna, querida mía. Hay que empezar de nuevo.

— ¿Adónde irás, Esteban?

— No lo sé todavía — dijo él, quitándose el sombrero y alisándose los claros cabellos con la palma de la mano. — Pero no me marcho esta noche, Raquel, ni tampoco mañana. No es fácil saber dónde ir ni cómo realizarlo. Pero, ¡bah! no me faltará valor.

Y, en efecto, cobraba valor con la idea de que hacía un sacrificio en bien de los demás. Al punto de cerrar la puerta del Sr. Bounderby, reflexionó en la obligación que se imponía de alejarse de la ciudad, lo que sería en provecho

de Raquel, que ya no se vería más expuesta á inquietudes, por no haber roto toda relación con él. Aunque le doliese mucho dejarla y no hubiera podido pensar en ningún otro centro fabril, donde no le siguiese su condenación, quizá representaba, para él, una especie de alivio la obligación de huir del suplicio experimentado durante los cuatro últimos días, aun á riesgo de afrontar mayores penalidades.

Podía, pues, decir con sinceridad:

— Me parece mas fácil soportarlo que no hubiera creído, Raquel.

Raquel no tenía deseos de agravarle la carga; ello era, en realidad, demasiado duro.

Ella le respondió, pues, con una sonrisa consoladora, y prosiguieron los tres su camino.

La vejez, cuando es, sobre todo, confiada y alegre, halla mucha consideración entre la gente pobre. Tenía la vieja un aire tan honrado y resignado; se quejaba tan poco de sus dolencias, aunque éstas aumentaran desde su última entrevista con Esteban, que los dos compañeros le tomaron interés. Era demasiado despierta para sufrir que alojasen el paso, pero se mostraba tan agradecida de que la hablasen, y tan dispuesta á charlar mientras se la escuchase que, al llegar el obrero y su amiga á su barrio, estaba más animada y viva que nunca.

— Venga á mi pobre estancia, señora — dijo Esteban — y tomará una taza de te. Raquel subirá con este motivo, y yo me encargaré de conducirla sana y salva á su albergue. Tardaré mucho tiempo, Raquel, en volver á tener el gusto de pasar una velada contigo.

Aceptaron y se dirigieron á la morada del tejedor. Mientras penetraban en una calle estrecha, Esteban levantó los ojos hacia la ventana de su cuarto, con un terror que se cernía siempre sobre su vivienda solitaria; pero la ventana estaba abierta, tal como la había dejado, y no había nadie dentro. Se había marchado el ángel malo de su vida, algunos meses antes, sin que Esteban oyera hablar más de él. El mobiliario reducido y el cabello gris del obrero eran la única huella que dejara la última visita del ángel familiar.

Encendió su bugía, arregló su mesita para el te, tomó agua caliente de abajo, comprando un poco de te y un paquete de azúcar, pan y manteca en la tienda más próxima. El pan era tierno y bien cocido, la manteca fresca y el azúcar de primera calidad. Esto, naturalmente, confirmaba el aserto de los potentados de Cokeville, según el cual, señor, esa gente vivía como príncipes.

Raquel preparó el te (después de haber pedido prestada una taza, por lo numerosa que era la

reunión) y la vieja lo encontró delicioso. Era la primera vez, después de mucho tiempo, que la huésped catase algo que se pareciera á las dulzuras de la sociedad con sus semejantes. También él hizo honor al refrigerio, aunque debiera reanudar pronto su vida de prueba. Nuevo argumento á favor del tema perpetuo de los potentados cokeburgueses, era la ausencia completa de todo espíritu de cálculo en aquella gente.

— No he pensado nunca, señora — dijo Esteban — en preguntarle el nombre.

La vieja se dió á conocer por Sra. Pegler.

— ¿Supongo que viuda? — añadió Esteban.

— ¡Oh sí! Desde hace muchos años.

El marido de la Sra. Pegler (uno de los mejores esposos que se hayan conocido) había muerto antes de que Esteban viniera á este mundo, según el cálculo de la Sra. Pegler.

— Triste cosa es, señora, haber perdido un hombre tan bueno — dijo Esteban. — ¿No tiene V. hijos?

La taza que la Sra. Pegler tenía en la mano denotó en ella cierta agitación, al chocar con el plato.

— No — respondió ella. — Ya no tengo, ya no tengo.

— Me duele haber hablado de eso — dijo Este-

ban. — Debía haber pensado que tocaría algún punto sensible. He... he cometido una torpeza.

Mientras se excusaba, la taza de la vieja chocaba más y más.

— Tenia un hijo — dijo con singular expresión de tristeza, que no manifestaba ningún síntoma ordinario de pesadumbre. — Y ha prosperado. ¡Oh! ha prosperado mucho. Pero no hay que hablar de él, si lo permiten. Está... — Dejó su taza, moviendo las manos, como si hubiera querido decir con un gesto: « muerto ». Pero repuso en alta voz: — Lo he perdido.

Esteban deploraba la tristeza que causara á aquella mujer, cuando su propietaria subió por la escalera y, llamándole al rellano de la misma, le dijo algunas palabras al oído. La Sra. Pegler no era nada sorda, por lo que oyó el nombre que se acababa de pronunciar.

— ¡Boulderby! — exclamó con voz ahogada, alejándose prontamente de la mesa. — ¡Oh! escondedme. No quiero, por nada del mundo, que me vea. No dejen que suba, hasta que me haya marchado. ¡Se lo ruego, se lo ruego!

Temblaba y parecía estar muy emocionada, ocultándose detrás de Raquel, que trataba de tranquilizarla, y sin saber lo que hacía.

— Vamos, señora, vamos — dijo Esteban, sorprendido. — No es el Sr. Boulderby, sino su

esposa. — ¿Tiene V. miedo de ella? No hace una hora que se deshacia V. en elogios de la misma.

— ¿Está V. seguro de que es la esposa y no el señor? — preguntó la vieja, que continuaba temblando.

— Seguro y cierto.

— Entonces harán el favor de no dirigirme la palabra y tratarán de no mirarme — dijo la vieja. — Déjenme sola en un rincón.

Esteban consintió, con una señal de cabeza, é interrogó con la mirada á Raquel, que no pudo darle ninguna explicación; después tomó la bujía, bajó y, al cabo de algunos instantes, volvió haciendo luz á Luisa, que entró en la habitación. Iba acompañada del mequetrefe.

Raquel se había levantado y hecho atrás, con su mantón y sombrero en la mano, mientras Esteban dejaba la bujía en la mesa, sorprendido de aquella visita inesperada. Después permaneció derecho allí cerca, con el puño cerrado junto al candelero, esperando que le dirigieren la palabra.

Era la primera vez que Luisa penetraba en la vivienda de un obrero de Cokeville; era la primera vez que se hallaba frente á frente con uno de ellos, individualmente. Sabía que formaban una legión de cientos y miles. Sabía la labor que un número fijo de ellos podía produ-

cir en un tiempo dado. Los veía por grupos, cuando dejaban ó iban á su nido, como las hormigas y las babosas. Sus lecturas le habían ilustrado más sobre las costumbres de los insectos trabajadores que respecto á las de aquellos hombres y mujeres que pertenecían, no obstante, á la familia de los obreros.

Sabía que la gente de Cokeville era algo que se hacía trabajar tantas horas, que se pagaba á tal precio y nada más; algo que se reglamentaba por las leyes infalibles de la producción y el consumo; algo que venía, de vez en cuando, á chocar con esas leyes, creando dificultades; algo cuyo vientre se oprimía, cuando el trigo iba caro, y que padecía indigestiones, cuando el mismo iba barato; algo que crecía en una proporción de tanto por ciento, que cometía tantos crímenes por ciento al año, suministrando tal contingente por ciento al pauperismo del país; algo de que se servía el comercio al por mayor, para hacer grandes fortunas; algo que se rebelaba á veces, como el mar furioso, y causaba estragos, generalmente en perjuicio suyo, y después volvía á su calma. Pero jamás le vino á las mientes descomponer la cosa en unidades, como menos pensara aun en descomponer el mar, para distinguir separadamente las gotas de agua que lo forman.

Se entretuvo un instante, examinando la habitación. Después de mirar las dos ó tres sillas, los contados libros, los grabados sin valor y la cama que había en ella, echó una ojeada á las dos mujeres y á Esteban.

— Venía á hablarle de lo que ha ocurrido hace poco. Quisiera prestarle un servicio, si me lo permite ¿Esa señora es su mujer?

Raquel levantó los ojos, que respondieron claramente « no », y los bajó de nuevo.

— Ya me acuerdo — dijo Luisa, ruborizándose por su equivocación. — Sí, ahora recuerdo haber oído hablar de sus desdichas domésticas, aunque no presté entonces mucha atención á esos detalles. No tengo absolutamente el propósito de hacer ninguna pregunta que pueda molestar á las personas aquí presentes. Si le hago otras y le producen tal efecto, crea que no es ésta mi intención y que, si tengo la desgracia de incurrir en ello, es pura ignorancia de lo que debo decir.

Lo mismo que poco tiempo antes, cuando Esteban se había dirigido instintivamente y con preferencia á Luisa, en casa del Sr. Bounderby, miraba ahora instintivamente á Raquel, en ademán brusco y nervioso, síntoma particular de vacilación y timidez.

— ¿Le ha explicado lo que ha ocurrido entre él